

THE HORUS HERESY®

# EL OJO DE TERRA

*Edición de Laurie Goulding*



timunmas

EL LOBO DE CENIZA  
Y FUEGO

*Graham McNeill*

THE HORUS HERESY®

# EL OJO DE TERRA

timun**mas**

Título original: *Eye of Terra*

Traducción: Traducciones imposibles, 2018

Eye of Terra © Copyright Games Workshop Limited 2017.

*Eye of Terra, El ojo de Terra*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo \* o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2017 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

Cubierta e ilustraciones interiores de Neil Roberts

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0575-0  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters  
Depósito legal: B. 13.469-2018

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

—Yo estaba allí —diría hasta el día de su muerte, después del cual hablaba con poca frecuencia—. Yo estaba allí el día en que Horus salvó al Emperador.

Había sido un momento singular, el Emperador y Horus codo con codo en las ardientes y cenicientas profundidades del mundo-desguace. Inmersos en una batalla sangrienta casi por última vez, aunque solo uno de ellos lo sabía.

Padre e hijo, espalda contra espalda.

Blandiendo las espadas y rodeados de enemigos.

Una epítome de la cruzada tan perfecta como cualquier inmortalización posterior en pintura o tinta.

Antes de que recordar tales tiempos fuese algo que temer.

El mundo-desguace de Gorro; ahí es donde sucedió, en las profundidades del basurero espacial de la Cuenca de Telon. El imperio de los pielverdes, que en su día reclamó el dominio de sus estrellas, estaba en llamas, atacado por todos sus flancos por los incombustibles ejércitos del Imperio. El imperio alienígena estaba siendo derribado, y sus cenagosos mundos-fortaleza ardían, pero no lo suficientemente rápido.

Gorro era la clave.

A la deriva, bajo la luz distante de un sol rojo abotargado, donde el tiempo y la gravedad inexorables jamás habrían originado un planeta, Gorro vagaba siguiendo una trayectoria errática. No era un mundo errante: era un intruso.

Su destrucción se había convertido en la máxima prioridad para la Cruzada.

La orden había llegado de la mano del mismísimo Emperador, y su hijo más predilecto y brillante había respondido a su llamada a las armas.

Horus Lupercal, primarca de los Luna Wolves.

Gorro no estaba muriendo fácilmente.

Cualquier expectativa de que este sería un golpe rápido en el corazón desapareció en el momento en que la 63.<sup>a</sup> Expedición llegó a los límites del sistema y vio la escala de la flota de chatarra que lo protegía.

Cientos de naves abandonaron la pelea en el núcleo de la Cuenca para defender la ciudadela planetaria de su caudillo. Vastas naves-cadáver cobraron vida con rutilantes reactores de plasma en su interior. Pecos de guerra se fusionaban a partir de chatarra oxidada traída de cementerios celestiales y resucitada mediante abominable necromancia mecánica.

La flota estaba anclada en una fortaleza asteroide colosal y hueca, una roca montañosa con arrabio y hielo incrustados. Había carenados de motores de kilómetros de ancho emperrados en la profundidad de su lecho de roca, y su escarpada superficie estaba repleta de inmensas baterías de obuses orbitales y lanzaminas. Avanzaba pesadamente hacia los Luna Wolves al tiempo que rabiosas manadas de naves-chatarra cargaban como feroces bárbaros enarbolando garrotes.

A través del comunicador se oía una aullante estática, la de un millón de bocas acolmilladas que daban voz al instinto primario orko.

La esfera del combate se convirtió en una turbulenta zona de fuego libre, una masa imposiblemente enredada de naves de guerra enzarzadas, rayos láser colimados, estelas parabólicas de torpedos y campos de escombros explosivos. Las batallas en el vacío, que normalmente se libraban a decenas de miles de kilómetros, habían empezado ahora tan cerca que algunos merodeadores orkos estaban intentando llevar a cabo acciones de abordaje con rudimentarios retrocohetes.

Las detonaciones atómicas viciaban el espacio entre las flotas con distorsión electromagnética y ecos espectrales, de modo que era casi imposible distinguir qué era real y qué era un sensor fantasma.

La *Espíritu Vengativo* estaba en medio del más feroz de los combates; sus flancos encendidos, descargando andanadas. Un pecio se alejaba rodando y recibió fuego concentrado desde múltiples plataformas de artillería hasta que quedó derretido. Dejó a su paso llamaradas de combustible

incendiado y arcos de plasma eyectado. Miles de cuerpos se derramaban de sus entrañas desgarradas como esporas de una masa fúngica.

Aquella batalla no tenía nada de sutil. No se trataba de una lucha de maniobras y contramaniobras, sino de una contienda. La ganaría aquella flota que golpeará más y con más fuerza.

Y, por el momento, esa era la de los orkos.

La superestructura de la *Espíritu Vengativo* gruñía como una criatura viviente conforme maniobraba a una velocidad muy superior a la que se debería exigir a algo tan inmenso. Su viejo casco temblaba bajo los atornadores impactos, y la cubierta vibraba con el retroceso de las múltiples plataformas de artillería laterales que disparaban al unísono.

El espacio entre ambas flotas estaba atestado de tormentas de escombros, vórtices atómicos, escuadrones de ataque combatientes y abrasadoras nubes de vapor. Sin embargo, en el interior de la nave insignia de Lupercal la disciplina se mantenía firme.

Los datos que inundaban en cascada las pantallas y los resplandecientes hololitos estructurados bañaban el abovedado strategium con una especie de ondeante luz submarina. Cientos de voces mortales transmitían las órdenes del capitán, mientras los teletipos mecánicos recitaban los informes de daños, la potencia de los escudos de vacío y la programación de las descargas de artillería por encima del cántico binario de los sacerdotes del Mechanicum.

Una tripulación bien formada en un puente de mando era algo de suma belleza, y de no ser por los pasos de lobo enjaulado de Ezekyle Abaddon, Sejanus lo habría apreciado como era debido.

El primer capitán descargó su puño sobre el borde de bronce de una mesa hololítica que proyectaba la esfera del combate. Los distorsionados vectores de amenazas parpadeaban en medio de un ruido de furiosa estática, pero la adusta imagen de la batalla que rodeaba a la *Espíritu Vengativo* no cambiaba: el número de las naves de los pielesverdes todavía sobrepasaba ampliamente el de los Luna Wolves, contaban con una potencia de fuego muy superior y aparentemente, y en contra de toda lógica, estaban superando tácticamente al comandante.

Era desesperante, y la cólera de Ezekyle no ayudaba.

Los tripulantes mortales cercanos, cuyos rostros estaban iluminados por las pantallas de datos, se volvieron ante aquel ruido inesperado, pero apartaron la vista de inmediato cuando el primer capitán los fulminó con la mirada.

—¿En serio, Ezekyle? —preguntó Sejanus—. ¿Esa es tu solución?

Ezekyle se encogió de hombros, haciendo que las placas de su armadura chirriasen y que su reluciente cabellera negra recogida se agitara como el amuleto de un chamán. El primer capitán se cernió sobre él, un gesto muy propio de él, como si de verdad creyese que podía intimidarlo; algo ridículo, ya que lo único que hacía que fuera más alto que Sejanus era el copete.

—Supongo que tú tienes una idea mejor sobre cómo darle la vuelta a este desastre, ¿no, Hastur? —dijo Ezekyle mirando por encima de su hombro y procurando no levantar la voz.

El pálido color marfil de la armadura de Ezekyle relucía bajo la luz del strategium. Las desvaídas marcas de las bandas salvajes aún se apreciaban en las placas que los armeros no habían reemplazado, en oro y plata deslustrados. Habían pasado casi doscientos años desde que había abandonado Cthonia, pero Ezekyle aún se aferraba a una herencia que era mejor dejar atrás.

Sejanus dirigió a Abaddon su mejor sonrisa.

—Pues la verdad es que sí.

Esas palabras atrajeron la atención de sus otros hermanos del Mournival.

Horus Aximand, tan parecido a su comandante, con sus rasgos elevados y aquilinos y esa sardónica expresión en los labios, que lo llamaban «el más auténtico de los auténticos hijos». O, si Aximand se encontraba en uno de sus escasos momentos de buen humor, «Pequeño Horus».

Tarik Torgaddon, el estúpido bromista cuyos rasgos oscuros y saturninos habían eludido el aplanamiento transhumano tan común entre los legionarios del Emperador. Donde Aximand podía señalar la gracia de un momento determinado, Torgaddon se regodeaba en él como un perro con un hueso.

Hermanos todos. Una fraternidad de cuatro. Consejeros, hermanos de batalla, negadores y confidentes. Tan cercanos a Horus que se los comparaba con sus hijos.

Tarik hizo una reverencia burlona, como si estuviese ante el mismísimo Emperador, y dijo:

—Entonces, por favor, ilumina a estos pobres y necios mortales que agradecen el mero hecho de poder disfrutar de tu deslumbrante brillantez.

—Al menos Tarik sabe cuál es su lugar —respondió sonriente Sejanus, y sus rasgos finamente esculpidos desproveían al comentario de toda malicia.

—Bueno, cuéntanos, ¿en qué consiste tu idea? —preguntó Aximand, directo al fondo del asunto.



—Muy simple —respondió Sejanus volviéndose hacia el puesto de mando que se encontraba tras ellos sobre un alto estrado—: confiemos en Horus.

El comandante los vio venir y alzó el guantelete a modo de bienvenida. Su rostro perfecto se componía de líneas finamente cinceladas; sus penetrantes ojos verdes como el mar y salpicados de motas ámbar estaban cargados de aquilina inteligencia.

Se alzaba sobre todos ellos con la amplia extensión de sus hombreras cubierta con la piel de una bestia gigante que había sido asesinada en las llanuras de Davin, muchas décadas atrás. Su armadura, de oro blanco incluso bajo la luz de batalla del strategium, era algo forjado de maravilla y belleza, con un único ojo abierto diseñado en el peto. Grabadas en los brazales y las hombreras estaban las marcas de los armeros, el águila y el rayo del padre de Lupercal, un simbolismo esotérico que Sejanus no reconocía y, casi oculta entre las sombras de las placas superpuestas, las marcas grabadas a mano de las bandas salvajes de Cthonia.

Sejanus no las había advertido anteriormente, pero así era el comandante. Cada vez que estabas en su presencia advertías algo nuevo que te deleitaba la vista, otra razón para adorarlo todavía más.

—Y ¿cómo creéis que va de momento? —preguntó Horus.

—Debo ser sincero, señor —respondió Tarik—. Siento la mano de la nave sobre mí.

Lupercal sonrió.

—¿No confías en mí? Si no supiera que estás de broma me ofendería.

—¿Lo estoy? —preguntó Tarik.

Horus apartó la mirada cuando el strategium tembló con una serie de percutores impactos en el casco. Proyectiles disparados desde la numerosa artillería de la fortaleza asteroide, supuso Sejanus.

—¿Y tú, Ezekyle? —dijo Horus—. Sé que puedo confiar en que me des una respuesta sincera y que no caigas en supersticiones.

—Coincido con Torgaddon —respondió Ezekyle, y Sejanus suprimió una sonrisa, sabiendo que admitir aquello debía de haberle costado mucho.

Tarik y Ezekyle eran muy parecidos en la guerra, pero polos opuestos una vez que la matanza había terminado.

—Vamos a perder esta lucha.

—¿Alguna vez me has visto perder una lucha? —preguntó el comandante a su tocayo.

Sejanus vio la imperceptible inclinación en la comisura de los labios de Lupercal y supo que el comandante había planeado la respuesta del primer capitán.

Horus Aximand negó con la cabeza.

—Nunca, y jamás lo haréis.

—Una respuesta rotunda, pero errónea. Soy tan capaz de perder una lucha como cualquiera —aseguró Horus, y alzó una mano para detener las inevitables negaciones—. Pero no perderé esta.

Lupercal los guio hasta su puesto de mando, hasta lo que parecía un armazón esquelético de oro y acero engastado con pedazos de carne pálida que estaba conectado al hololito de la batalla principal.

—Adepto Regulus —dijo Horus—, ilumina a mis hijos.

El emisario del Mechanicum asintió y el hololito cobró vida. La estación del comandante proporcionaba una representación más clara de la batalla, pero, en todo caso, eso solo hacía que las órdenes actuales de Horus resultasen aun más desconcertantes.

La escasa luz del hololito oscurecía las cuencas de los ojos del comandante mientras iluminaba el resto de su rostro de un rojo intenso. Aquello le confería el aspecto de un antiguo jefe tribal acuclillado sobre una hoguera en su tienda, reuniendo a sus generales en la víspera de una batalla.

—Hastur, tú siempre has sido el más avisado para las tácticas en el vacío —dijo Horus—. Echa un vistazo y dime qué ves.

Sejanus se inclinó sobre el proyector hololítico con el corazón hinchado de orgullo por las palabras de Lupercal. Tuvo que esforzarse por no sacar pecho como uno de esos pavos reales de la III Legión. Inspiró hondo y centró la vista en el granulado esquema de la batalla que se iba actualizando lentamente.

Los pielesverdes hacían la guerra sin ninguna sutileza, sin importar en qué arena se libraba la batalla. En tierra venían a por ti como una horda de berserkers, rebuznando y babeando, embadurnados con pintura de guerra fecal. En el espacio, sus ruinosas y destartaladas naves disparaban desde todas sus cubiertas de artillería proyectiles y cabezas atómicas de manera desenfrenada.

—La táctica estándar de los pielesverdes, aunque me niego a dignificar con esos términos este caos —respondió Sejanus balanceándose cuando las órdenes desde el puente del comandante, sentenciadas secuencialmente, hacían virar salvajemente la *Espíritu Vengativo*.

Los ecos de las detonaciones en el exterior de la nave insignia recorrieron toda su estructura. Era imposible distinguir si se trataba de impactos recibidos o de disparos propios.

—Su fuerza y su superioridad numérica están obligando a nuestras filas a retroceder —prosiguió mientras Regulus centraba el foco del hololito en los puntos en los que la lucha era más encarnizada—. Nuestra columna central se está retirando de la fortaleza asteroide. No tenemos potencia de fuego suficiente para dañarla.

—¿Qué más? —preguntó Horus.

Sejanus apuntó a la imagen que rotaba lentamente.

—Nuestros cuadrantes derecho y superior se están alejando demasiado. El izquierdo y el inferior son los únicos que se mantienen firmes.

—Daría lo que fuera por tener otra flota —dijo Tarik señalando con la barbilla hacia una región del espacio vacía en un cuadrante superior del volumen—. Los atraparíamos entre dos flancos.

—No tiene sentido desear lo que no tenemos —dijo el Pequeño Horus.

Algo no cuadraba, y la sospecha tardó unos instantes en cristalizarse en la mente de Sejanus.

—Adepto, muéstranos el índice de disparos e impactos del enemigo.

Inmediatamente, un panel de datos resplandeciente apareció en el aire ante Sejanus. Repasó las estadísticas y sus sospechas se confirmaron.

—Su capacidad de daño está muy por encima de la media —dijo—. Nos alcanzan en más del setenta y cinco por ciento de los lanzamientos.

—Tiene que ser un error —dijo Ezekyle.

—El Mechanicum no comete errores, primer capitán —dijo Regulus.

Su voz sonó como alambre de espino oxidado, y pronunció la palabra «errores» como si se tratase de la más vil de las maldiciones.

—Los datos son precisos dentro de las tolerancias de los parámetros locales —prosiguió.

—Los pielesverdes tienen tantas probabilidades de golpear a sus propias naves como a cualquier otra al disparar —apuntó Sejanus—. ¿Cómo están logrando esto?

Horus señaló hacia la crepitante imagen de Gorro y dijo:

—Porque estos pielesverdes son atípicos. Sospecho que no los dirigen unos guerreros, sino una especie de tecnocasta. Por eso le pedí al adepto Regulus que se uniese a la XVI Legión en esta expedición.

Sejanus volvió a mirar la imagen y dijo:

—Si sospechabais eso, esto resulta doblemente confuso. Si se me permite ser sincero, mi señor, creo que las tácticas de nuestra flota no tienen sentido.

—Y ¿qué haría que tuvieran más sentido?

Sejanus lo meditó unos instantes.

—Tarik tiene razón. Si tuviéramos otra flota situada ahí, nuestra estrategia actual tendría lógica. Los tendríamos entre el martillo y el yunque.

—¿Otra flota? —preguntó Horus—. Y ¿se supone que debo conjurar una de la nada?

—¿Podrías? —preguntó Tarik—. Porque sería tremendamente útil en estos momentos.

Horus sonrió y Sejanus vio que estaba saboreando aquel momento, aunque no imaginaba el motivo. El comandante levantó la vista hacia las gradas que se alzaban tras el puesto de mando. Como impulsada por aquel gesto, una solitaria figura se asomó a la baranda de hierro, iluminada por el centelleante resplandor de un foco cuyo arco de iluminación era demasiado providencial como para ser accidental.

Delgada y espectral en su túnica blanca, la señora de los astrópatas de la *Espíritu Vengativo*, Ing Mae Sing, echó atrás su capucha. Con sus mejillas demacradas y sus cuencas hundidas y vacías, Sing estaba ciega para un mundo, pero estaba abierta a otro mundo secreto del que Sejanus poco sabía.

—Señora Sing —dijo Horus—. ¿Cuándo?

Su voz era muy débil, fina, pero estaba cargada de una autoridad que se transmitió sin esfuerzo por la cubierta principal.

—Inminentemente, primarca Horus —respondió con un tono ligeramente molesto—. Como bien sabéis ya.

Horus rio y levantó la voz para que todo el strategium lo escuchase:

—Cierto, señora Sing, y espero que me perdone este pequeño teatrillo. Verás, algo magnífico está a punto de suceder. —Horus se dirigió al adepto Regulus—: Dad la orden de maniobra.

El adepto se puso a la tarea.

—¿Señor? —preguntó Sejanus.

—Queráis otra flota —dijo Horus—. Voy a daros una.

El espacio se abrió como cortado con la más afilada de las hojas.

Una luz ambarina se derramó de la incisión, más brillante que un millar de soles y existente simultáneamente en varios ámbitos de la percepción. El filo que había cortado el vacío se deslizó a través del pasaje que había abierto.

Pero no era una hoja, sino un coloso de oro y mármol nacido en el vacío, una nave de combate de proporciones sobrehumanas. Su magnífica proa lucía unas alas de águila, y toda su extensión estaba remachada por vastas ciudades estatuarias y palacios de guerra.

Era una nave espacial, pero una como ninguna otra.

Construida para el individuo más excepcional que la galaxia había conocido jamás.

Era la nave insignia del mismísimo Emperador.

Era la *Imperator Somnium*.

Bandadas de naves de combate asistían al Señor de la Humanidad. Cada una de ellas era una titánica máquina de guerra del vacío, pero junto a la inmensidad de la nave de su señor parecían naves mediocres.

Aún crepitando tras la activación de los escudos de vacío, las naves imperiales se lanzaron al combate. El fuego incandescente de las lanzas apuñaló la retaguardia y los flancos expuestos de los pielesverdes. Mil torpedos atravesaron el espacio, seguidos de otros mil más, pintando en el vacío una red de rutilantes estelas de propulsión.

Las naves orkas comenzaron a estallar, evisceradas por las cabezas explosivas sincronizadas o cortadas por la mitad debido a los precisos impactos de las lanzas. Explosiones secundarias recorrieron la línea de la incapacitada flota alienígena cuando sus ruidosos reactores de plasma alcanzaron masa crítica y los motores sobrecalentados comenzaron a estallar emitiendo sus últimos estertores.

El ataque orko se detuvo y viró para enfrentarse a la nueva amenaza.

Que era justo lo que Horus Lupercal había estado esperando.

La flota de la XVI Legión, que había estado a punto de ser sobrepasada, detuvo su dispersión, y sus naves comenzaron a tomar posiciones con una velocidad pasmosa, agrupándose en manadas de lobos dispuestas a defenderse mutuamente.

Y lo que un momento antes había parecido una flota desorganizada se transformó en minutos en una flota a la ofensiva. Las naves aisladas de los pielesverdes fueron aniquiladas. Los grupos más grandes intentaron reunirse, pero no eran rivales para dos flotas de guerra coordinadas y lideradas por los mejores guerreros de la galaxia.

Las naves orkas se reagruparon alrededor de la monstruosa fortaleza asteroide mientras la *Espíritu Vengativo* y la *Imperator Somnium* se cernían sobre ella. Las naves escolta abrieron un camino entre las naves pielesverdes siniestradas, despejando una vía para que Horus y el Emperador asestaran el golpe mortal.

Avanzando en línea oblicua, ambas naves asolaron el asteroide con incontables andanadas. El resplandor de los escudos de vacío y las detonaciones electromagnéticas del volumen cataclísmico de munición disparada sumió a la inmensa fortaleza en encendidos estallidos. Era un volumen de fuego capaz de acabar con un planeta, un poder capaz de

abrir mundos y vaciarlos de la misma manera con que la incesante actividad industrial había vaciado Cthonia.

Como si obedecieran a una señal invisible, las naves imperiales se retiraron de las infernales tormentas de fuego que envolvieron al asteroide. La maquinaria infernal de su núcleo, la que alimentaba la artillería y los motores, explotó y pulverizó la roca. Géiseres de plasma blanco verdoso de miles de kilómetros de largo trazaron arcos alrededor de su cadáver en crepitantes látigos de rayos ardientes como soles. Lo igual atrae a lo igual, y los rayos buscaron los núcleos de plasma de las naves pielesverdes restantes, desgarrándolas en abrasadoras tormentas que convirtieron en ceniza todo lo que alcanzaron.

Apenas un puñado de naves escapó de aquella tempestad de energías destructivas; las que lo hicieron fueron aniquiladas sin piedad por las manadas de destructores.

Una hora después de la llegada del Emperador, la flota orka había quedado reducida a una vasta nube de escombros que se enfriaban.

El saludo entrante por el canal de voz resonó por el strategium de la *Espíritu Vengativo*. Las tormentas de plasma que aún ardían en el cementerio de los pielesverdes hacían que la comunicación entre naves fuera entrecortada y poco fiable, pero esta transmisión fue tan clara como si el hablante hubiese estado de pie junto a Lupercal.

—*Permiso para subir a bordo, hijo mío* —dijo el Emperador.

El momento fue tan sublime, tan inesperado y tan asombroso que Sejanus sabía que lo recordaría durante el resto de su vida. Hacía mucho tiempo que nadie que no fuera su primarca lo impresionaba.

El Emperador llegó sin casco, sus nobles facciones enmarcadas por una corona dorada de laurel sobre la frente. Incluso desde la distancia, aquella era la cara de un ser digno de lealtad eterna, concebible exclusivamente como una impresión de maravilla y luz. Jamás ningún dios había exigido más respeto y honor. Jamás ningún dirigente terrestre había sido tan adorado por todos.

Sejanus se sorprendió llorando lágrimas de un júbilo desenfadado.

Padre e hijo se reunieron en la cubierta de embarque principal de la *Espíritu Vengativo*, y todos los legionarios a bordo se habían congregado para honrar al Señor de la Humanidad.

Diez mil guerreros. Tantos que todas las Stormbird y las Thunderhawk de la cubierta se habían trasladado al vacío para hacer espacio.

No se había dado ninguna orden. No había sido necesario.

Aquel era su señor, el dirigente que había decretado que la galaxia era el dominio de la humanidad y que había forjado las legiones para hacer realidad ese sueño. Ninguna fuerza en el universo habría logrado evitar que acudieran a aquella reunión. Todos a una, los Luna Wolves echaron la cabeza hacia atrás y aullaron una aclamación de bienvenida, un rugido intenso y ensordecedor de orgullo marcial.

Y los legionarios no eran los únicos que habían acudido. Los mortales también lo habían hecho, huérfanos y vagabundos que los Luna Wolves habían ido recogiendo a lo largo de la Gran Cruzada. Poetas itinerantes, aspirantes a cronistas y promulgadores de la Verdad Imperial. Ver al Señor de la Humanidad en carne y hueso era una oportunidad que jamás volvería a presentarse, y ¿qué mortal dejaría escapar la ocasión de ver al hombre que estaba dando una nueva forma a la galaxia?

Llegó a bordo con trescientos miembros de la Legio Custodes, guerreros divinos creados con el mismo molde del propio Emperador. Blindados con placas doradas y luciendo las crines carmesí en sus afilados yelmos, portaban escudos y largas armas enastadas con hojas fotónicas. Guerreros cuyo único propósito era dar sus vidas para proteger la de su líder.

El Mournival seguía a Horus al frente de la 1.<sup>a</sup> Compañía al completo, que marchaba en una larga columna junto a los guerreros de la Legio Custodes.

Como hacen todos los guerreros, Sejanus comparó la fuerza de aquellos guerreros con la suya propia, pero no logró hacerse una idea clara de su poder.

Tal vez fuera algo intencionado.

—Jaghatai me lo enseñó —dijo Horus en respuesta a una pregunta del Emperador—. Él lo llamaba «el *zao*». No soy capaz de hacerlo a la misma velocidad que el Halcón Guerrero, pero creo que lo hago de una manera bastante aceptable.

Sejanus vio que Horus estaba siendo modesto. No lo suficiente como para ocultar el orgullo en su voz, pero sí lo justo para no resultar arrogante.

—Jaghatai y tú siempre estuvisteis muy unidos —dijo el Emperador mientras marchaban entre las orgullosas filas de los Luna Wolves—. De todos nosotros, yo incluido, creo que eres quien mejor lo conoce.

—Y yo apenas lo conozco —admitió Horus.

—Él era así —dijo el Emperador, y Sejanus creyó detectar una nota de profundo arrepentimiento.

Marcharon entre los vítores de miles de legionarios, dejando atrás la cubierta de embarque y ascendieron por los grandiosos procesionales de la *Espíritu Vengativo*. Las compañías de los Luna Wolves fueron quedándose atrás conforme iban ascendiendo, hasta que finalmente solo quedaron la élite Justaerin de Ezekyle y el Mournival.

Marcharon por la Avenida de la Gloria y el Lamento, la elevada antecámara con columnas labradas de madera oscura que sostenían el peso de un reluciente techo cristalino a través del cual podían contemplarse todavía los ardientes estertores plasmáticos de la flota pielverde. Paneles de artesonado con listas de nombres y números escritos a mano cubrían la mitad de la vía, y la marcha hasta el puente de mando solo se detuvo cuando el Emperador hizo una pausa para arrodillarse junto al panel más reciente.

—¿Los muertos? —preguntó, y Sejanus detectó en su voz el peso de innumerables años en aquella sencilla pregunta.

—Todos aquellos en los que la *Espíritu* estaba presente —explicó Horus.

—Tantos, y tantos más aún por llegar —dijo el Emperador—. Debemos hacer que todo merezca la pena, tú y yo. Debemos construir una galaxia digna de héroes.

—Podríamos llenar esta sala cien veces más y, aun así, sería un precio justo con tal de ver triunfar la Cruzada.

—Espero que no tengamos que llegar a eso —deseó el Emperador.

—Las estrellas son nuestras por derecho natural —afirmó Horus—. ¿No es eso lo que me dijisteis? Si no cometemos errores, serán nuestras.

—¿Yo dije eso?

—Sí. En Cthonia, cuando yo no era más que un expósito.

El Emperador se puso en pie y posó uno de sus guanteletes de malla sobre el hombro de Lupercal, el gesto de un padre orgulloso.

—Entonces espero ser digno de tu confianza —dijo el Emperador.

Se reunieron más tarde, después de que la orden de guerra se transmitiese por toda la *Espíritu Vengativo*. Todavía había mucho que hacer, formaciones de batalla que decidir, preparativos para los asaltos que repasar y miles de otras tareas que completar antes de comenzar el ataque a Gorro.

Pero antes, esto.

—No tengo tiempo para este ritual sin sentido, Hastur —declaró Ezekyle—. Tengo una compañía que preparar para la guerra.

—Como todos —dijo Sejanus—. Pero vas a hacerlo.

Ezekyle suspiró, aunque acabó asintiendo.

—Bien, entonces empecemos de una vez.



Sejanus había elegido una cubierta de observación rara vez utilizada en la popa de la nave para la reunión. Las vívidas tormentas de plasma aún brillaban al otro lado de la cúpula de cristalflex, y luminosos reflejos de rayos bifurcados danzaban sobre el suelo de terrazo pulido. Las paredes estaban desprovistas de toda ornamentación pero grabadas con maleficios de muerte, mala poesía y abominables imágenes de alienígenas asesinados cthónicos.

Un profundo estanque de agua fresca ocupaba el centro de la cámara y centelleaba con el reflejo de la luz de las estrellas. La luz de la estrella roja abotargada del sistema teñía el agua del color de la sangre.

—Ni siquiera tenemos una luna apropiada —observó Ezekyle mirando el pálido reflejo de Gorro en las mansas aguas.

—No, pero tendremos que conformarnos con esto —respondió Sejanus.

—Los Justaerin vamos a combatir al lado del Emperador —dijo Ezekyle como una última objeción a una ceremonia en la que nunca le había gustado participar—. Y no voy a permitir que esos rigoristas dorados nos hagan quedar en evidencia.

—Hemos hecho esto desde Ordoni —dijo Tarik mientras se arrodillaba para colocar su reluciente medalla plateada con el símbolo de la luna en cuarto menguante junto a la de la media luna de Aximand al borde del estanque—. Es lo que nos mantiene honrados. Recordar a Terentius.

—Yo no necesito mantenerme honrado —saltó Ezekyle, aunque se arrodilló para depositar también su medalla—. Terentius era un traidor. No tenemos nada que ver con él.

—Y solo mediante la vigilancia constante lograremos que siga siendo así —dijo Sejanus, dando por zanjado el asunto.

Colocó su símbolo de la luna creciente junto al de sus hermanos y dijo:

—La Legión cuenta con nosotros. Nosotros la guiamos y ella nos sigue. Hagámoslo ya.

Sejanus desvainó su espada y sus hermanos del Mournival hicieron lo propio. La XIII Legión prefería el gladio corto para asestar puñaladas, pero los hijos de Lupercal portaban espadas de mango largo, que podían esgrimirse con una mano o, más brutalmente, con ambas.

—¿Quiénes somos? —preguntó Sejanus.

—Somos los Luna Wolves —contestaron los otros.

—Y ¿más allá de eso? —dijo Sejanus casi gruñendo las palabras.

—Somos el Mournival.

—Unidos por la luz de una luna —rugió Sejanus—. Unidos por un juramento que solo la muerte romperá.

—¡Matamos por los vivos! —gritó Ezekyle.

—¡Matamos por los muertos! —gritaron todos al unísono.

Bajaron las espadas, y cada guerrero colocó la punta de su hoja en el gorjal del hombre a su izquierda.

Sejanus sintió la espada de Ezekyle en su cuello mientras sostenía la suya en el de Aximand, quien a su vez apuntaba al cuello de Tarik. Por último, este colocó su espada sobre Ezekyle y sonrió ante el acto ligeramente traicionero de dirigir una hoja contra el primer capitán.

—¿Tenéis vuestras censuras?

Cada guerrero sacó un pequeño pedazo de papel de juramento doblado que normalmente utilizaban para anotar un objetivo a lograr en la batalla. Tales juramentos se fijaban a las armaduras de los guerreros como declaraciones visibles de un propósito marcial.

Cada hermano del Mournival había escrito algo en su papel, pero en lugar de actos de honor habían escogido un castigo en caso de fracasar. Se trataba de Juramentos de Censura, algo que Sejanus había instituido tras la guerra en el cúmulo estelar de Ordoni contra el traidor Vatale Gerron Terentius.

Sus hermanos se habían resistido a la idea, pues decían que la amenaza de un castigo implicaba una impugnación de su honor, pero Sejanus había insistido diciendo: «Nos aferramos a la esencial e inmutable bondad de las legiones, a su racional valoración y rechazo del mal. Investimos a nuestros primarcas con cualidades divinas, con facultades morales y racionales que los hacen tanto justos como sabios. Simplificamos la complejidad de la galaxia al creer que hay una muralla infranqueable entre el bien y el mal. La lección que Terentius nos enseñó es que la línea entre el bien y el mal es demasiado permeable. Cualquiera puede cruzarla en circunstancias excepcionales, incluso nosotros. Creer que no podemos sucumbir al mal nos hace más vulnerables a todo aquello que puede llevarnos a ello».

Y los demás asintieron de mala gana.

Sejanus sostuvo su casco con la cresta transversal apuntando al suelo. El papel con su censura estaba ya dentro, y los otros tres dejaron caer su castigo también en su interior. Entonces, cada guerrero introdujo la mano y escogió uno de los papeles al azar. Aximand y Ezekyle guardaron los suyos en sus cinturones. Tarik, en un pequeño bolsillo en la vaina de su espada.

Sejanus había leído sobre aquella tradición en antiguos textos de la Unidad, donde los guerreros pintados de ocre de Sarapión elaboraban

censuras artesanalmente y las introducían en un inmenso caldero de hierro en la víspera de la batalla. Cada hombre pasaba por delante y sacaba un castigo si fallaba a su rey. Ninguno sabía qué castigo había escogido, de modo que ningún guerrero podía concebir uno más suave y esperar recibirlo él mismo.

Para cuando se lanzaran las cápsulas de desembarco, cada miembro del Mournival llevaría un Juramento de Censura sellado con cera escondido en algún lugar de su armadura.

En los años pasados desde que se escribiera la primera censura, jamás se había leído ni una sola.

«Y jamás se hará», pensó Sejanus.

Los Juramentos del Momento se habían realizado, las tensas Stormbird habían alzado el vuelo. Los Luna Wolves estaban de camino a Gorro. Decenas de miles de cápsulas de desembarco y cañoneras se dirigían a toda velocidad hacia la superficie, dispuestas a vaciar de dentro hacia fuera el mundo-desguace.

La muerte de Gorro debía lograrse a las malas.

Una tecnología de campo desconocida para el Mechanicum mantenía unidas las profundidades estratificadas del planeta, y esa misma tecnología lo hacía prácticamente invulnerable al bombardeo.

Los macrocañones, capaces de arrasar ciudades enteras, apenas arañaban su oxidada superficie. Bombas de magma y propulsores de masa con el poder para dividir continentes detonaban en su atmósfera. La radiación letal de destructoras cabezas atómicas se disipaba en el vacío, medias vidas de decenas de miles de años degradadas en cuestión de horas.

Lupercal observaba cómo sus guerreros marchaban a la batalla desde el dorado puente de mando de la nave de su padre. Deseaba formar parte de la oleada inicial, la primera en poner pie en la superficie alienígena de Gorro. Un lobo de ceniza y fuego, dominando aquel mundo como un dios vengador y destructor.

«¿Destructor?». No, eso nunca.

—Desearías estar con ellos, ¿verdad? —preguntó el Emperador.

Horus asintió sin apartar la mirada de la plataforma de observación.

—No lo entiendo —dijo Horus, sintiendo la poderosa presencia de su padre tras él.

—¿Qué no entiendes?

—Por qué no me permitís acompañar a vuestros hijos.

—Siempre quieres ser el primero, ¿verdad?

—¿Acaso es tan malo?

—En absoluto. Pero te necesito en otra parte.

—¿Aquí? —preguntó Horus incapaz de ocultar su decepción—. ¿Qué bien puedo hacer aquí?

El Emperador rio.

—¿Crees que vamos a quedarnos aquí a observar cómo muere esa abominación?

Horus se volvió hacia el Emperador, y entonces vio que su padre estaba ataviado para la batalla, inmenso y majestuoso con su armadura dorada con grabados de alas de águila y con una capa de malla entretejida en bronce. Sostenía, desenvainada, una espada de acero azul que ondeaba con potentes energías psíquicas. Los Custodios lo rodeaban con las armas preparadas, en el sistema de teletransporte más grande que Horus jamás había visto.

—Creo que lo llamas «punta de lanza», ¿verdad? —inquirió el Emperador.

Un destello de luz, una vertiginosa sensación de dislocación y un mundo desencajado. Sin ninguna sensación de movimiento, pero con una poderosa noción del tiempo. Una brillante luz fosfórica se apagó en los ojos de Horus y fue reemplazada por el vivo resplandor rojizo de las brasas de los ardientes altos hornos de las fábricas o por el que se aprecia entre las fisuras volcánicas.

El puente de la nave insignia del Emperador había desaparecido.

Su lugar había sido ocupado por una visión conjurada directamente de su juventud.

Cthonia, recreada en hierro y lodo.

Horus había explorado exhaustivamente las profundidades de su mundo natal, más allá de las más recónditas excavaciones mineras, donde los enajenados y los tullidos aguardaban a morir. Incluso se había aventurado bajo las goteantes fosas de cadáveres, eludiendo a los escandalosos y feroces harúspex con sus destripadores cuchillos y sus capas de órganos.

Cthonia era una madriguera de colonias espeluznantes repletas de horrores inimaginables tras cada esquina; sus claustrofóbicos túneles estaban iluminados con la pulsátil luz de las fisuras magmáticas. Atestada de cenizas, su miasma tóxico obstruía los pulmones, cegaba los ojos y ensuciaba el alma.

Aquello era igual. Techos abovedados con lacería de refuerzo oxidada, bombillas enjauladas que crepitaban luz de manera irregular y un aire viciado de gases sulfúricos.

El mundo-desguace apeataba a hierro caliente y llamas, a lubricante, a sudor y a materia orgánica en descomposición. La cámara estaba saturada del hedor a bestia, como si los rebaños de ganado hubieran permanecido siempre ahí sin que nadie hubiera limpiado nunca el estiércol. Era la fetidez de los orkos, un tufo amoniacal que recordaba extrañamente al hedor de la materia vegetal podrida.

Un millar o más de pielesverdes rugieron al ver a varios cientos de guerreros acorazados aparecer sin previo aviso en mitad de la vasta cámara. Cada orko estaba recubierto de placas oxidadas de hierro siseante, amarradas y atornilladas directamente sobre sus cuerpos hinchados. La sospecha de Horus de una tecnocasta dirigente quedó confirmada a la vista de aquellos silbantes sistemas neumáticos, crepitantes generadores de energía y sibilantes armas de filos relampagueantes.

—¡A ellos! —gritó el Emperador.

Para deshonra de Horus, los Custodios se movieron primero, preparando sus lanzas y lanzando desde ellas una salva de proyectiles masa reactivos. Los Justaerin abrieron fuego un latido después, y la línea orka se inundó de feroces detonaciones.

En un instante, el Emperador estaba entre ellos.

Su espada era un resplandor de acero azul, demasiado veloz como para seguirlo a simple vista. Se movía entre los orkos como si no se estuviera moviendo en absoluto, como si simplemente existiera para matar en un punto antes de aparecer en otra parte para segar las vidas de docenas de pielesverdes. Golpeaba con la fuerza de un impacto de artillería, y los cuerpos hechos pedazos salían despedidos de su espada como si saltasen por los aires tras haber detonado una bomba.

Y la espada no era la única arma del Emperador.

Su guantelete extendido ardía con un fuego blanco dorado, y lo que tocaban sus llamas desaparecía en nubes de cenizas rojas. Pulverizaba los huesos de los orkos con la potencia de sus golpes, los aplastaba con remolinos invisibles de fuerza y repelía sus disparos con pensamientos que transformaban los proyectiles en humo.

Se abalanzaron sobre él a cientos, como limaduras de hierro atraídas por un potente imán, sabedores de que jamás encontrarían a otro enemigo tan merecedor de su furia. El Emperador los mató a todos, imparable en la pureza de su propósito.

Una cruzada de billones destilada en un ser numinoso.

Horus había luchado junto al Emperador durante más de un siglo, pero todavía le fascinaba ver a su padre en combate. Era la guerra en su

más perfecta expresión. Fulgrim podría vivir mil vidas y jamás llegaría a algo tan maravilloso.

Horus disparó su bólter de asalto y decapitó a un monstruo con dos garfios giratorios gemelos por manos. La abominación giró sobre sí misma y destripó a otro pielverde que se quedó mirando embobado cómo se derramaban sus entrañas un momento antes de desplomarse. Horus siguió a su padre adentrándose en la masa de carne alienígena y acero. Dio un golpe de espada bajo, cercenando la pierna de un inmenso orko que presentaba una musculatura mecánica absurdamente hipertrofiada. Le aplastó el cráneo bajo la bota al pasar por encima del cuerpo que se agitaba.

Los Justaerin luchaban a ambos lados de él, una cuña sólida de exterminadores de armaduras negras que se abrían paso a través de un océano de carne verde y dura como el hierro. Ezekyle los lideraba con su característica rudeza: con los hombros cuadrados hacia el enemigo y aporreando sin descanso con su puño como un incesante pistón mientras su bólter de doble cañón escupía muerte explosiva.

Horus había librado cualquier clase de guerra imaginable, pero ninguna le hacía disfrutar tanto como las sangrientas melés contra los pielverdes. Cientos de cuerpos grasientos y bestiales lo rodeaban, aullando, chillando, gritando y rozando. Los colmillos mordían sus avambrazos. Rugientes cuchillos de carnicero se hacían pedazos contra sus hombreras. Salía ileso de cada impacto, giraba con cada golpe, matando a sus atacantes con pura economía de fuerza.

Las apestosas vísceras alienígenas lo cubrían y siseaban en la hoja de su espada y en los cañones de su bólter. A su lado, Ezekyle asesinaba con una urgencia furiosa, esforzándose hasta su límite máximo para permanecer al lado de su primarca.

Los Custodios atravesaban a los orkos con estocadas precisas de sus lanzas guardianas. Podían esgrimir las de formas letales mucho más creativas, pero aquel no era lugar para elaborados estilos de lucha. Era matar o morir. Golpes que acabarían tres veces con cualquier otra forma de vida debían repetirse una y otra vez solo para derribar a una única bestia.

Los orkos contraatacaban con toda la furia primitiva y animal que los hacía tan peligrosos. Eran capaces incluso de quebrar las armaduras de los exterminadores y de matar a los legionarios.

Y los orkos estaban haciendo las dos cosas.

Al menos una docena de Custodios había muerto. Tal vez el mismo número de Justaerin. Horus vio caer a Ezekyle cuando una colosal maza

con pinchos el doble de larga que un mortal se hundió en su hombro. Un capitán de guerra orko, grande como un ogryn, arrancó la maza y la balanceó alrededor de su inmenso cuerpo para asestar el golpe mortal.

Una resplandeciente espada atravesó el aire y bloqueó el descenso de la maza.

Acero azul y ardiente, a dos manos y envuelto en fuego.

El Emperador giró la muñeca, y el monstruoso peso de la cabeza cubierta de pinchos se separó del asta envuelta en alambre. El Señor de la Humanidad giró sobre sus talones y la espada cubierta de llamas trazó un ocho resplandeciente.

El gigante pielverde se desplomó dividido en cuatro fragmentos. La cabeza en el interior de su casco de hierro aún bramaba desafiante cuando el Emperador se inclinó para recogerla del suelo. Se lanzó hacia los orkos, con el rugiente torso truncado del capitán de guerra en un puño y su espada en el otro.

Horus ayudó a Ezekyle a levantarse.

—¿Puedes luchar? —le preguntó.

—Sí —respondió con brusquedad Ezekyle—. Solo es un arañazo.

—Tienes el hombro roto y el escudo óseo de tu costado izquierdo fracturado, al igual que la pelvis.

—Van a tener que romperme todos y cada uno de los huesos del cuerpo si quieren apartarme de vuestro lado —dijo Ezekyle—. Como a vos del Emperador, amado por todos.

Horus asintió.

Insistir sería humillar a Ezekyle.

—Ninguna fuerza en la galaxia me apartará de su lado.

Y como si aquellas palabras hubiesen sido un desafío lanzado a la galaxia, Gorro se sacudió a causa de un violento terremoto que ascendió desde sus profundidades.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ezekyle.

Solo podía haber una respuesta.

—Los campos gravitacionales que mantienen la coherencia de Gorro se están descontrolando —observó Horus—. El mundo-desguace se está desintegrando.

Nada más pronunciar aquellas palabras, las placas de la cubierta sobre las que estaban cedieron por toda la cámara. Hojas de acero de metros de grosor se rasgaron como el papel y unos géiseres de oleoso vapor emanaron desde las profundidades. Las paredes abombadas se plegaron hacia dentro, y desde el techo quebrado llovían escombros. Se abrieron fisuras

por todo el suelo ensangrentado y se iban ensanchando aun más a cada segundo que pasaba, tragándose a Custodios, Justaerin y orkos que caían en el ardiente núcleo del mundo-desguace.

Horus luchó por mantener el equilibrio, avanzando hacia donde se veía la luz dorada del Emperador rodeada de merodeadores orkos.

—¡Padre! —gritó Horus.

El Emperador se volvió y extendió una mano hacia él.

Otro terremoto sacudió la tierra.

Y el mundo-desguace se tragó al Emperador.

Sejanus no tenía ni idea de dónde estaban. Todo era humo y ceniza y sangre. Tres miembros de su escuadra ya estaban muertos, y ni siquiera habían llegado a divisar al enemigo. Una luz roja teñía el interior de la cápsula de desembarco cargada de humo, y había una goteante humedad donde los cuerpos de Argeddan y Kadonnen habían sido explosivamente destripados por lanzas de penetrantes escombros. La cabeza de Feskan rodó a sus pies, dibujando espirales de sangre en el suelo.

Los propulsores de la cápsula habían fallado, y lo que debía haber sido un aterrizaje controlado junto al resto de la 4.<sup>a</sup> Compañía se había convertido en un violento descenso hacia el núcleo de Gorro a través del panel que formaban cientos de capas de chatarra.

Según el berreante sensorium cargado de estática de su visor, su compañía estaba a unos doscientos kilómetros por encima de ellos. El hedor del metal quemado y de la comida putrefacta penetraba a través de pequeñas rasgaduras en el interior de la cápsula.

Sejanus oyó el estruendoso y chirriante ruido metálico de la tecnología pielverde. Y, de fondo, el gutural lenguaje tipo ladrido de los orkos. Era un sonido con una estridente calidad metálica, pero no tenía tiempo de preocuparse por eso en aquel momento.

—¡Arriba! —gritó—. ¡Vamos! ¡Salid!

Su arnés de restricción no paraba de ajustarse mientras el metal deformado intentaba desbloquearse. Lo liberó a la fuerza y se puso en pie; se giró para coger su bólder y su espada del compartimento superior. Por si acaso, agarró también una bandolera portagranadas. El resto de su escuadra lo imitó, liberándose y armándose en absoluta calma.

La base de la cápsula estaba inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados; la compuerta apuntaba al suelo. Sejanus pateó el desbloqueo de emergencia. Una, dos, tres veces.

Y cedió, pero solo un poco.